

por los bordes últimos de los celestes horizontes. El dolor en ella toma tal intensidad que se golpea el seno y se mesa los cabellos. Cuando ya nada tiene remedio, cuando solamente le resta su desesperación, irritase contra sí misma por no haber puesto las armas en manos de sus tirios y no haber concluído al troyano. Háblele dado el sacratísimo lecho de su predilecto Siqueo el cetro de su ciudad Cartago, con la mitad del alma la mitad del reino, y el infame cometía horrible traición, que debió impedir ella, incendiando sus naves, rompiendo sus armas, desgarrando su cuerpo en compañía de las furias vengadoras y de las divinidades infernales, acudidas á sus apremiantes evocaciones para secundarla en sus desquites y venganzas. Ya lejos él, henchida su lona de viento favorable, gallardo su barco sobre las aguas rientes, lánzale inútiles maldiciones y quíerele malogrado en su juventud y hundido en los abismos. De aquí, de tal maldición, brota en este momento supremo todo lo que hará Cartago contra Roma. Los juramentos terribles de Amílcar, los nefastos incendios de Sagunto, la batalla de Trasimeno, el sitio puesto por Aníbal á la Ciudad Eterna, tantos desastres, tantos horrores, tantos hechos cruentísimos únense á esta maldición suprema. Pero en su desesperación ya no puede retener por más tiempo la vida. Cegada por un último asomo de cólera, sobrecogida de un transporte nervioso que le quita el sentimiento y el sentido, siniestra y errante la mirada, lívido el rostro, fría ya con el helor de la muerte, sube á lo alto de su palacio, descuelga la espada, signo de su natural soberanía, se detiene á contemplar algunos minutos los regalos traídos por Eneas, las joyas propias, el tálamo nupcial, y ya consumado todo en derredor suyo y consumidas las pavesas últimas de su esperanza, prende fuego á la pira, se parte casi al mismo tiempo el corazón sin otro pensamiento que mostrar á Eneas con lo triste y horrible de aquel sacrificio lo intenso de su amor. Así como el inmortal Homero habla cantado en su *Iliada* la rivalidad entre Asia y Europa, Virgilio cantó en su *Eneida* la rivalidad entre Africa y Europa. No podía de manera más poética llegar hasta la posteridad aquel conflicto perdurable, llamado guerra Púnica, el cual estuvo á punto cien veces de acabar con Roma y concluyó con la extirpación de Cartago. No es mucho si Dido ha pasado á todas las literaturas y puesto su

nombre imperecedero en todas las historias. Ella rompió el estrecho recinto de Fenicia y llevó consigo la cultura tiria, que había reemplazado el jeroglífico misterioso con el claro y popular alfabeto, á un amplio continente como el continente africano. Desde allí, desde tan favorable sitio, debía dominar el mundo, no con colonias militares, con colonias mercantiles, uniendo riberas, comarcas, regiones, por los esplendores de la navegación y por los movimientos del cambio y del comercio. Troya le disputaba con sus restos, con sus hijos expulsos, aquel dominio, y Dido, representante de la vida fenicia, se opuso con su amor á esta obra terrible de concurrencia y de guerra. Frustróse todo el intento de la civilización fenicia representada por Tiro. Los penates de Troya pudieron llegar á los hogares lavinius y erigir la Ciudad Eterna; pero Dido, que cumpliera con su raza, deteniendo encadenado por el amor al héroe de la raza enemiga, frustrado su intento, rota su empresa, debía sembrar el aire de maldiciones, á cuyos ecos brotaron los guerreros púnicos, aquellos terribles africanos de origen asiático tan implacables y tan feroces que mil veces asestaran la espada y el puñal de su progenitora ilustre al corazón del pueblo romano, y mil veces pusieran la pira, donde acabara ella, en torno del Capitolio.

Mientras Británico decía estas cosas, los grupos, donde se hallaban reunidos los primeros y más excelsos entre sus oyentes, se iban como haciendo una piña cada cual, para mejor oírle y recoger de sus labios aquellas palabras últimas, por todos entrevistas al fin de su larga y cuidadísima relación. El bueno de Claudio estaba fuera de sí, escuchando tanta elocuencia extático, transportado, absorto, en una especie de soñolencia magnética, semejante al estado patológico á que hoy hemos puesto el nombre de hipnotización. Agripina, desde que Británico empezara el relato, vislumbró adónde iba en sus arranques oratorios, á expresar el esfuerzo empleado por un hombre como el que, proveniente de Troya, fundara la Ciudad Eterna, para desasirse de una mujer no tan imperiosa ni tan tirana ni tan dominatriz como ella. Y columbrando esto, inútil decir cómo se agitaría en la sede altísima donde se levantaba junto á Claudio; cómo relampaguearían sus ojos; cómo vibrarían sus nervios; cómo todo su cuerpo se iría irguiendo á

manera de serpiente acosada que latigüea con su cola y amenaza en las fauces abiertas con el dardo ponzoñoso de su lengua. Fuera de tal grupo, el primero en categoría y por consecuencia el que despertaba interés mayor, veíanse otros dos, enemigos del príncipe uno, el de Séneca y Persio y Lucano, amigo el otro del príncipe, el grupo que formaban dos personajes tan importantes en aquella corte como el magnate de la familia Flavia, llamado Tito, y como el primero y más poderoso entre los libertos, llamado Narciso. Estos grupos respondían á los mismos afectos dominantes en el grupo principal y primero. El uno estaba cerca de Británico, y oyéndole poco más ó menos que Claudio, con la boca abierta; y el otro estaba cerca de Nerón, y oyendo á su rival y émulo poco más ó menos como Agripina, con verdadero furor. Sin embargo, en el grupo de los amigos de Nerón estaba Lucano, el poeta de la República muerta, quien desasido por completo de los intereses palaciegos representados por Séneca, no podía sustraerse á la grande admiración que le inspiraba y sugería el atrevimiento de Británico, manteniéndose cara á cara de una furia como Agripina valeroso y entero, hasta sostener con los ojos fijos en Claudio aquel admirable y digno ejemplo de un hombre como Eneas huyendo á una mujer como Dido. Claudio comprendía, según y conforme Británico avanzaba en la descripción, adónde tiraba ésta, y se hacía el distraído creyendo interponerse así entre los ojos fascinadores de la emperatriz y su desdichada víctima, el propio hijo de sus entrañas. Agripina se apercibía con horror al momento supremo del ataque violentísimo y de la idea moral que constituía la quinta esencia de tan audaces palabras. Pero, mezcla superior de atrevimiento y disimulo, sabiendo así asaltar con violencia como retroceder á tiempo, leona valiente y vulpécua sagaz, después de haberse agitado mucho, poníase á medida que llegaba el golpe último y mortal á hacerse la desentendida, no prestando atención como si realmente se tratase del pío Eneas y no del propio marido, de la fabulosa Dido y no de su propia personalidad. Británico, el pobre y desgraciado príncipe, hallándose acostumbrado al difícil ejercicio de adivinar en aquellas tinieblas morales todo cuanto pasaba, como los que sumidos en perpetua noche adivinan aquello que no ven materialmente y lo adivinan por sugerencias de la intuición inte-

rior y por adivinanzas del finísimo tacto, mientras creyó ver en la inquietud extrema de Claudio y en el furor neurótico de Agripina la inteligencia del objeto y fin adonde iba, se regodeaba en la narración, holgándose con el pensamiento de las emociones por él despertadas. Pero así que, movidos de razones opuestas é impulsados por móviles contrarios, Agripina y Claudio comenzaban á disimular, él comenzaba por su parte á sentir una gran impaciencia de revelar y decir todo cuanto había encerrado en sus intenciones y propósitos. Molestábale mucho la idea de que pudieran creerle fatuo hasta el punto de gozarse con una recreación retórica sin objeto ninguno. Impelido por sus muchos dolores ó por sus pocos años, quiso dar un verdadero salto mortal. Imaginábase que Agripina se reía de su timidez. Imaginábase que un filósofo como Séneca y un poeta como Lucano y un burlón como Persio le ridiculizaban, y ninguna cosa tan temible para él y de él tan temida como cualquier posición ridícula. En tal estado, viendo lo que pasaba en torno suyo, creyó real cuanto le decían sus sospechas, y arremetió la empresa con abnegación y arrojo dignos de cualquier suicida. Así corrió adonde se hallaba su padre; y postrándose de hinojos á sus pies así como ciñéndose con los dos brazos apretados á sus rodillas, dijo:

— Señor, perdona si observando que no has entendido cuanto á tu alta consideración he con empeño expuesto, arrojo el disfraz innecesario de mis alegorías y te digo, sin rebozos inútiles y vanas simbolidades, toda la verdad.

— ¡Británico, por los dioses! — exclamaron á una Tito y Narciso, viendo claramente á qué objeto iba el cuitado é intentando salvarlo de un deshecho naufragio.

— Padre — gritó Británico, sin hacer caso ninguno á las advertencias de sus dos amigos; — padre, así como Eneas tuvo que abandonar á Dido, tienes tú que abandonar á mi madrastra. El generador de la gente latina jamás la hubiera generado de haber caído en brazos de aquella mujer engañosa. Tú, padre mío, nunca llegarás á verdadero César hasta que renuncies á los mentidos halagos de tal sirena y ejerzas por ti mismo en persona el supremo poder.

— ¡Británico, Británico! — le gritaban aún los dos amigos, mientras Claudio se tapaba el rostro con las manos y Agripina se

erguía mostrando en su actitud una mezcla de ira y desdén difíciles de significar y expresar por otra mujer cualquiera que no fuese ella, en quien se juntaba con la soberbia nacida de una grande confianza en sí misma, el menosprecio irremediable por todos los demás.

— ¡Gran corazón! — exclamaba Lucano, viendo á Británico en el suelo ante aquella especie de muda estatua que se llamaba Claudio, y Agripina, mirándolo de pie, alzada y erguida por extraordinario modo al terrible golpe, como un águila que aletea desde lo alto sobre su presa cercana ya de sus garras.

— ¡Cuál temeridad — exclamó Séneca en sus reservados prudentísimos pensamientos, — cuál temeridad comete tan inexperto y cuítadísimo príncipe!

— No es mala escena — dijo Persio. — Tened la seguridad completa de que concluye pronto en tragedia.

— ¡Infeliz! ¡Se ha suicidado! — gritaba Tito.

— Claudio — se arriesgó á decir Narciso en medio de la catástrofe, — Claudio, acuérdate de Mesalina.

— Padre — decía Británico fuera de sí, — ó acaba con ella, ó acaba conmigo; los dos no podemos vivir en el mundo.

— ¡Hijo! — gritó Claudio en su dolor con una expresión indecible de ternura.

— ¿Le has llamado hijo? — preguntó Agripina con altiva majestad á Claudio.

— ¿Qué quieres que diga y qué quieres que haga? — le preguntó á su vez el emperador, extremando hasta lo último la pena que le causaba tener el corazón suspenso entre su mujer y su hijo.

— Vámonos — le dijo Agripina con imperio al esposo.

— ¿Adónde vamos? — le preguntó él como un pobre niño á quien sorprenden sus padres en cualquier acto punible.

— Adonde no penetren esos insultos dirigidos á ti, puesto que se dirigen á tu esposa, y cuya expresión audaz constituye un delito terrible de lesa majestad castigado por las leyes romanas con pena capital.

Y Agripina, después de haber fulminado esta sentencia sobre la frente de Británico, se dirigió á Claudio y se lo llevó consigo, sacándolo del salón poco menos que á empellones.



## CAPÍTULO VI

### AMOR SIN MATRIMONIO Y MATRIMONIO SIN AMOR

Apenas había recibido Agripina el tremendo golpe, sin perder tiempo alguno en quejas fué corriendo á sus habitaciones para defenderse á toda prisa y con toda seguridad vengarse. Dejó á Claudio recluso en su apartamento, así como á los cortesanos, unos agitadísimos, otros cavilosos, todos pasmados, en el salón; y huyendo de femeniles debilidades, no desahogó con una sola palabra el dolor de su pecho, necesario como aguijón de sus desquites. En la urgencia de que alguien le ayudara en sus planes, rápidamente concebidos por su ira, citó al consejero suyo Vitelio, y lo puso al cabo de todo cuanto maquinaba en la urdimbre de aquella tela, dentro de la cual había envuelto, con paciencia de araña, el romano Imperio.

— Ya veo — le dijo su interlocutor — que Británico ha firmado su propia sentencia de muerte hoy.

— Ha firmado la sentencia de muerte; pero no suena todavía la hora de su ejecución.

— ¡Cómo!

— Sucede algo muy grave.

— ¿Qué sucede?

— Pues ya sabes que dimos en todas nuestras conversaciones como cosa hecha el matrimonio entre Octavia y Nerón.